

# Atendamos la pobreza severa

Hace casi un mes en La Mone-  
da, se entregaron las propuestas  
de modificación a la Encuesta  
Nacional de Caracterización So-  
cioeconómica (CASEN). Se trata  
de la herramienta clave para medir  
la pobreza en Chile y orientar de  
manera más precisa las políticas  
públicas. El documento actualiza  
la medición a los cambios sociales  
recientes y sus consecuencias:  
estallido social, pandemia, crisis  
habitacional, fenómeno migrato-  
rio, inseguridad. De ser acogidas,  
estas propuestas implicarían una  
verdadera reconfiguración del  
panorama social del país.

En otras palabras, el cambio  
sería del orden de 3,5 veces. Una  
cifra que, aunque impactante,  
resulta mucho más coherente con  
el Chile real.

Los medios titularon con lo  
más noticioso: de acuerdo a los  
nuevos parámetros propuestos,  
la última medición, que nos ponía  
sobre Canadá y Estados Unidos  
en materia de reducción de la  
pobreza, pasaría de un alentador  
6,5% a un 22,3%. Un número que  
tiene mucho más sentido para  
quienes trabajamos a diario con  
"los pies en el barro", como decía  
Alberto Hurtado.

En el Hogar de Cristo atende-  
mos a un grupo pequeño, cerca  
de 38 mil personas en 2024, que



La Comisión propone  
modificaciones obvias y  
necesarias. Reemplazar el  
criterio de 2.000 calorías  
diarias por una canasta  
alimenticia saludable. Terminar con el alquiler im-  
putado por dos líneas de la  
pobreza: una para familias  
propietarias de su vivien-  
da y otra para familias que  
arriendan. Agrega y actuali-  
za nuevos indicadores  
para la pobreza multidimensional y se mantienen  
las cinco dimensiones de  
la pobreza, pero con igual  
ponderación.

tiene un nivel de carencias que se  
arrastra por décadas. A los défi-  
cits en salud, vivienda, empleo,  
educación, redes, se suman los de  
ingreso, y se agregan problemas  
de salud mental, consumo de  
drogas, discapacidad, abandono,  
analfabetismo. Es una pobreza  
extrema o crónica, como debatió  
llamarla la Comisión. Al final, se  
optó por "pobreza severa", que se  
define como la intersección de los  
hogares que viven en pobreza por  
ingresos y también en pobreza  
multidimensional.

A este grupo poblacional no  
se le ha dado la relevancia que  
merece. Los pobres entre los  
pobres debieran ser prioritarios  
para todos: Estado, sector privado,  
academia, sociedad civil organizada.  
Lograr instalar esa idea y atender las  
necesidades de ese grupo a partir  
estas recomendaciones sería un  
tremendo logro.

La Comisión propone modi-  
ficaciones obvias y necesarias.  
Reemplazar el criterio de 2.000  
calorías diarias por una canasta  
alimenticia saludable. Terminar con  
el alquiler imputado que se reem-  
plaza por dos líneas de la pobreza:  
una para familias propietarias de  
su vivienda y otra para familias  
que arriendan. Agrega y actualiza  
nuevos indicadores para la pobre-  
za multidimensional, pasando de

15 a 20. Y se mantienen las cinco  
dimensiones de la pobreza, pero  
con igual ponderación.

Es muy relevante que se incorpo-  
ren dos propuestas que permiten  
ver mejor el problema: la vulnera-  
bilidad, que es la probabilidad de  
caer en pobreza. Ésta se midió en un  
tiempo, pero luego se discontinuó.  
Se aconseja volver a incorporarla.  
Y lo más relevante para llegar con  
más y mejores políticas sociales:  
determinar el número de quienes  
viven en pobreza severa.

Amartya Sen, el premio Nobel de  
Economía indio, que acuñó el con-  
cepto, ha dicho: "La pobreza severa  
no es solo carencia de ingresos, sino  
una forma radical de exclusión".  
Una vida en la que no puedes elegir  
qué comer porque no tienes qué; en  
la que no puedes cuidar tu salud,  
porque el consultorio no facilita la  
atención a las personas en situación  
de calle. Es no poder estudiar, no  
tener calefacción, no contar con  
un techo. En Chile, esta pobreza es  
visible en la proliferación de rucos.  
Pero también vive puertas adentro.  
En las viviendas sin aislación, en los  
adultos mayores solos, en las madres  
que crían entre la droga, la violencia  
y la precariedad. Combatirla exige  
políticas públicas que apunten al  
desarrollo de capacidades: educa-  
ción, salud, redes, acompañamiento,  
respeto.



LILIANA CORTÉS  
DIRECTORA SOCIAL NACIONAL DEL  
HOGAR DE CRISTO